

VATICANO II. A TREINTA AÑOS DEL CONCILIO

Juan María Laboa
Universidad de Comillas. Madrid

Vivimos años de aceleración desconcertante. Apenas descubres una novedad, no has tenido tiempo para asimilarla, cuando ya resulta desfasado y la atención se dirige a otros intereses. En otras épocas, conmemorar los treinta años de la clausura de un concilio apenas podía significar más que constatar en qué grado habían sido transmitidas sus conclusiones, cómo eran conocidas, qué se había hecho para ponerlas en práctica. En estos últimos años se han leído los documentos conciliares, han sido estudiados y más o menos puestos en práctica, se han juzgado sus efectos, se han considerado, desde algún sector, como deletéreos, y desde otro como tímidos y parciales sus resultados. Y no pocos han llegado a la conclusión de que el Vaticano II está ya desfasado y que hay que pensar en otro concilio.

Quisiera subrayar este punto: a pesar de la aceleración de los tiempos, de la labor de los medios de comunicación social y de la abundante lectura propia de nuestro tiempo, la asimilación de un concilio por parte de la comunidad eclesial resulta necesariamente lenta y no siempre es lineal. Mucho más si se trata de recibir no sólo una doctrina sino también un talante y un espíritu. Quiero decir que no creo que se pueda afirmar que se haya producido la recepción del Concilio en su complejidad. Necesitamos, todavía, más lecturas, reflexión y estudio de sus textos y de las circunstancias históricas en las que se produjo.

Para nosotros son páginas de nuestra historia personal, de nuestra evolución, de nuestros logros y fracasos. Para los jóvenes es puro pasado, algo para estudiar pero que no conmueve.

Pensemos lo que pensemos del hoy, sin embargo, pocas épocas en la historia de la Iglesia han resultado tan novedosas, enriquecedoras, desconcertantes, apasionantes. No sólo son treinta años de nuestra vida personal sino que constituyen un microcosmos sorprendente de la evolución de las ideas, de los componentes, de la historia social, y, también de la comprensión del mundo religioso y del papel de la Iglesia en las relaciones de la persona humana con Dios.

Pretendo en estas reflexiones considerar qué supuso y ha supuesto el Concilio en la vida de la Iglesia española y rastrear con atención sus consecuencias, su impacto y el grado de seguimiento a lo largo de estos treinta años.

La Iglesia española no estaba preparada para el Concilio de 1962. Acudió a Roma con la mejor intención, pero sin la preparación ni la conciencia clara de los posibles rumbos de la Asamblea. El episcopado español en su mayoría había recibido el sacerdocio antes de la guerra civil, estaba insuficientemente informado de las corrientes pastorales y teológicas vigentes en otros países, corrientes que marcarían la marcha del Concilio. Así, las cartas pastorales publicadas entre 1959 y 1962 distaban considerablemente de la temática y de la orientación que caracterizarán los documentos conciliares, y algunas defendieron planteamientos marginados o repudiados por la mayoría conciliar.

Nuestro episcopado se sintió sorprendido y perplejo durante la primera sesión, en el momento en que apareció con fuerza la pluralidad de voces y tendencias, y cuando se rechazó, con 1368 votos negativos frente a 822 positivos, el esquema sobre las fuentes de la revelación. Hablaron en todas las congregaciones pero apoyaron, generalmente, los planteamientos defendidos por la minoría, como, por ejemplo, en el tema de la colegialidad o en el de la libertad religiosa. El cardenal Tarancón recordaba: «Acostumbrados como estábamos a considerarnos el máximo exponente de la catolicidad ideal, vimos de pronto que, en esta asamblea mundial que era el Concilio, nuestros teólogos y nosotros mismos, obispos, ocupábamos un lugar realmente modesto».

Este desfase de la teología española explica, en parte, las resistencias que encontró después el Concilio en algunos ambientes españoles.

Resultó sorprendente su falta de coordinación. A diferencia de otros

episcopados, en cuyo nombre hablaba en el Aula Conciliar un portavoz, los obispos españoles hablaron casi siempre individualmente, a título personal.

El tema más polémico, el que angustió más a los obispos españoles, fue, sin duda, el de la libertad religiosa. Prácticamente todos los que hablaron se mostraron contrarios, se movieron recogiendo firmas, intentando crear un bloque de oposición. Para su conciencia pastoral y cristiana, el tema de la unidad religiosa de España era incontrovertible, tal como lo había expresado monseñor Pildaín en una pastoral publicada pocos días antes de acudir a Roma.

Sin embargo, el día de la Inmaculada de 1965, jornada conclusiva del concilio Vaticano II, los obispos españoles hicieron público un documento pastoral dirigido a la Iglesia española, en el que manifestaban con claridad la aceptación sin reservas de unas líneas y un pensamiento antes no compartido.

«España está empeñada -dirán- en un ambicioso plan de desarrollo económico y social, del que es parte un plan de extensión cultural. La plena institucionalización de la vida política es, por otra parte, una preocupación general de la nación. Mientras las estructuras socioeconómicas de nuestra Patria se transforman, la visión cristiana del mundo debe ayudarnos para no perder en los cambios nuestro espíritu religioso y la vitalidad de nuestra fe católica... Hemos de confesar que nos hemos adormecido a veces en la confianza de nuestra unidad católica, amparada por leyes y tradiciones seculares. Los tiempos cambian. Es necesario vigorizar nuestra vida religiosa, dentro del espíritu renovador del Concilio.»

El Concilio y la Iglesia se pusieron de moda en el país. Radio y TV acercaron a los hogares españoles los temas y las discusiones conciliares. El libro religioso, sobre todo, si se refería a temas conciliares consiguió gran aceptación: se traducía y se vendía todo. Los cronistas conciliares eran leídos con avidez. La sociedad española era consciente de que algo importante e irreversible había sucedido. «Después de largo tiempo -escribía Mons. Palenzuela- de una actitud de defensa y repliegue ante el mundo moderno, la iglesia española ha empezado con el Vaticano II una nueva relación con el mismo».

Sin embargo, la perplejidad y, a veces, la alarma reflejada en muchos

eclesiásticos a lo largo de las sesiones conciliares encontraron su prolongación en las reacciones de la clase política española. Con la Constitución *Gaudium et Spes*, la Iglesia asumía una postura neta sobre la persona humana y sus derechos, sobre la sociedad y sus estructuras, sobre la presencia del cristiano en la vida sindical, económica y política, sobre las atribuciones del Estado y sobre sus limitaciones. Todos estos temas podían resultar y resultaron conflictivos en la situación española. La más alta instancia de la Iglesia daba argumentos y respaldaba actitudes contrarias al pensamiento oficial español. Los debates sobre la libertad religiosa y sobre el Esquema XIII suscitaron también inquietud. Finalmente el número 20 del Decreto *Christus Dominus*, pidiendo formalmente la renuncia al privilegio de presentación de obispos ponía sobre el tapete un tema conflictivo que no iba a dejar de estar presente durante el decenio sucesivo.

Después del Concilio, de nuevo en sus diócesis, el episcopado español, al principio a tientas y después con entusiasmo, comienza su intento de colocar a la Iglesia española al nivel y en la onda conciliar. «A partir de 1971, los españoles han pasado al primer plano de la escena internacional en cosas de Iglesia», escribía el conocido periodista y teólogo francés René Laurentin. En el decenio siguiente al Concilio, esta Iglesia nuestra se comprometió con entusiasmo en la tarea de poner en práctica el espíritu conciliar. Revisó sus estructuras pastorales, defendió su independencia con respecto al mundo político y favoreció la renovación eclesial. La Iglesia española postconciliar se convirtió en uno de los sectores más dinámicos y con mayor capacidad crítica y renovadora de la estructura social.

Sin embargo este cambio produjo tensiones e incertidumbres sin cuento entre fieles y sacerdotes que observaban cómo se ponían en cuestión o se marginaban tantas prácticas o doctrinas consideradas hasta entonces medulares. ¿Cuál fue la reacción de la conciencia católica? No cabe duda de que el instinto de fe fue más fuerte que el instinto de la conservación de las propias idiosincrasias históricas. Pero el tránsito de esta decisión, nacida de una fe que se quiere mantener fiel a sí misma, hasta unas realidades doctrinales, institucionales y colectivas de lo que ese Concilio implicaba iba a ser largo, complicado, doloroso y no pocas veces verdaderamente conflictivo.

Esta diferente visión y el consiguiente enfrentamiento se manifiesta en dos eclesiologías: la tradicional y la que va tomando cuerpo al calor de los

documentos conciliares. Esta última se caracteriza por el rechazo de la idea de Iglesia como sociedad perfecta, por el abandono de la identificación entre valores católicos y valores nacionales, y por la superación progresiva de la vieja actitud de rechazo de la civilización moderna. Los «signos de los tiempos» interpretados desde la fe, obligaron a la Iglesia a reconsiderar sus formas de pensamiento y de institucionalización, y de modo especial a replantear cuál debía ser su auténtica presencia en el mundo.

Este planteamiento supuso la aceptación del principio de secularidad y esto, a su vez, explica las causas de los enfrentamientos y divisiones intraeclesiales posteriores.

EL ENTRAMADO IGLESIA-ESTADO

En el campo político-social la Iglesia vivía protegida y, a su vez, legitimaba a un régimen político nacido en una guerra civil que se había convertido en un trauma sangriento y permanente. Durante decenios, el recuerdo y la apelación a la guerra justificarán actuaciones, rechazos y decisiones. En realidad, las relaciones entre la Iglesia y el Estado aparecían planteadas con un excesivo grado de ambigüedad y, con frecuencia, con una excesiva injerencia de la fuerza política.

Quiero citar sólo documentos o actitudes colectivas episcopales que replantearon la vigencia del entramado existente y señalaron la nueva postura conciliar de la Iglesia española:

- El documento sobre libertad religiosa de 1968.
- La declaración sobre libertad sindical del mismo año.
- El comunicado sobre pobreza política, cultural y social de España, de 1970.
- La celebración y las conclusiones de la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes de 1971.
- El documento sobre apostolado seglar de 1972.

- El fundamental documento sobre «Iglesia y la comunidad política» de 1972.
- El documento de la CEASO sobre «Actitudes cristianas ante la situación económica» de 1974.
- La Carta colectiva sobre la Reconciliación, de 1975.

El cambio de actitud que estos y otros documentos implicaban tuvieron como consecuencia la disminución de la influencia y el poder de la Iglesia en determinados ambientes e instituciones, pero no cabe duda de que aumentó su credibilidad para anunciar a Dios como Padre de todos los hombres; tuvo como consecuencia la turbación de muchas conciencias, pero favoreció, al mismo tiempo, el que a muchas conciencias se las sacase de la rutina y les obligase a asumir con mayor responsabilidad las exigencias de su profesión católica.

Hay que reconocer que en este campo los avances son todavía exiguos. En los últimos trece años nos hemos encontrado con la paradoja desconcertante de que si bien una parte muy importante de los votantes socialistas se consideraban católicos, no han sido capaces de reaccionar cuando el Gobierno, por ellos votado, legislaba y actuaba contra lo que ellos creían o lo que ellos consideraban su matriz religiosa ¿Falta de formación, de información? ¿Reflejos lentos, ausencia de tejido asociativo capaz de encauzar sus exigencias y sus protestas? ¿Ausencia de una orientación clara de la Iglesia? Tendremos que tener en cuenta, también, los condicionamientos producidos por largos años de una situación en la que los católicos se identificaban con un régimen político y aceptaban las consecuencias pasivamente.

Es verdad que debemos tener en cuenta que en nuestros días nos encontramos fundamentalmente ante una confrontación cultural entre dos concepciones de vida (agnóstica y religiosa) que desborda las instituciones políticas y que se encuentran sólidamente instaladas en todos los ámbitos del abanico político, pero, de hecho, esto obligaría más a los creyentes a reflexionar sobre las exigencias de su fe.

No cabe duda de que dentro de la comunidad eclesial ha faltado, a menudo, una clarificación y un reforzamiento de la identidad propia de la Iglesia y de los católicos en el terreno propiamente religioso y moral,

reafirmando su propia autonomía histórica institucional, doctrinal y vital. No han faltado voces y documentos importantes de los obispos, como acabo de apuntar, pero no han sido leídos ni seguidos suficientemente. No olvidemos documentos recientes tan importantes como *Cristianos en la Vida pública*, *Testigos del Dios vivo* o *La Verdad os hará libres*.

El déficit más grave de la comunidad católica española es su insuficiente conciencia de pertenecer a una comunidad concreta y diferenciada, con sus valores y señas propias, capaz de vivir, hacer sus aportaciones y presentar sus exigencias en la sociedad española a la que pertenecen con pleno derecho. Mientras no se consiga esto, la Iglesia española será débil e incoherente en su constitución interna y en sus relaciones con las instancias políticas y con los demás grupos.

EL IMPACTO DEL CONCILIO

Los obispos españoles comprendieron que había que poner la Iglesia a la hora y a la altura de la Iglesia universal. Mientras tanto, los grupos eclesiales y aquellos colocados en la oposición política vivieron momentos de ebullición y esperanza. En 1964, entre sesión y sesión conciliar, se inauguró con toda solemnidad, presente el general Franco, la catedral de Vitoria. Allí apareció con claridad cuán anacrónicas resultaban en el nuevo ambiente las viejas tesis del franquismo. Y pudieron apreciarse con nitidez los diversos estratos y mentalidades presentes en la sociedad y de la Iglesia española: diferencias generacionales, culturales y sociales.

El clero español era mayoritariamente joven, no había vivido la guerra y no estaba condicionado por ella. Este clero joven aceptará entusiasmado el espíritu conciliar, lo pondrá en práctica e intentará extraer sus virtualidades. Buena parte del episcopado y no pocos sacerdotes más ancianos, por el contrario, no acababan de comprender la nueva situación, aunque intentaban aceptarla por disciplina y espíritu de obediencia. El mundo laico, más estrechamente compenetrado con el franquismo no acababa de digerir el concilio. Por todo esto nos resultará fácil comprender los malentendidos, desconciertos y enfrentamientos de todo orden, producidos en la sociedad eclesial. Creo que podemos afirmar que, en general, la Iglesia se asomaba al futuro mientras que la clase política y aledaños se refugiaba en la defensa berroqueña del pasado.

En nuestro país, el Concilio coincidió con la transición de una dictadura a una democracia que no contaba con antecedentes asentados, con la transición vertiginosa de una sociedad muy tradicional, en buena medida rural, a una sociedad urbana e industrializada, con una inmigración y emigración masiva, con una ausencia de identidad cultural y cristiana llamativa y con una fascinación acrítica por cuanto significase modernidad y progresismo.

En estas circunstancias se produce la aceptación y asimilación del Concilio. ¿En qué medida? Recordemos que siempre ha resultado muy lenta la asimilación de un concilio por parte de la comunidad creyente. Y aunque ahora los medios de comunicación social modifican substancialmente la situación, la comunidad creyente no quema las etapas psicológicas y teológicas necesarias para la recepción definitiva de todo el entramado conciliar. Por el contrario, una comunidad tan desigual y variopinta asimila un concilio por etapas, con altibajos, con dificultades, desigualmente.

LOS DOCUMENTOS CONCILIARES

Los obispos españoles propusieron tres objetivos para la etapa postconciliar: meditación de la Iglesia sobre sí misma, relación con los miembros de otras creencias y diálogo con el mundo. Naturalmente, el éxito de esta tarea estaba muy relacionado con el conocimiento y asimilación de los documentos conciliares.

La *Lumen Gentium* chocó frontalmente con la eclesiología dominante en nuestros presbiterios, que hablaba de Iglesia «sociedad perfecta» con una jerarquía demasiado alejada en su concepción y en la vida práctica de los demás miembros eclesiásticos y con un laicado demasiado pasivo y marginal. En España era claro el sentido de Iglesia universal y el del papel del Papa, pero estaba mucho menos desarrollado el sentido de Iglesia Local. Incluso me atrevería a decir que el papel del obispo como sucesor de los apóstoles acababa no pocas veces reducido en la práctica al de monaguillo de lujo del Sumo Pontífice.

En estos años se ha producido una transformación espectacular en la imagen y presencia del obispo en el presbiterio y en la comunidad diocesana, al tiempo que la Iglesia es percibida por los fieles como una

realidad más cercana, aun a costa de perder una cierta aureola de perfección y magisterio. No obstante, creo que siguen como problemas pendientes los de la teología de la Iglesia local y el de la colegialidad.

No olvidemos, sin embargo, que el descubrimiento de los propios carismas, unido a la recuperación de los derechos de la persona humana, ha traído o, más bien, ha coincidido también con el nacimiento y recrudecimiento de posturas amargamente críticas contra la jerarquía, que pretendían recortar su misión, reduciéndola a la de meros coordinadores, no impulsores ni guías del Pueblo de Dios.

En este campo, no podemos olvidar el problema cada día más acuciante de la elección de los obispos. En nuestros días, nuestra sensibilidad teológica e histórica exigen que la comunidad eclesial tenga algo que decir en el proceso de la elección de su obispo, de la misma manera que pensamos que el Consejo Presbiteral no es un consejo vacío de contenido, aunque hoy por hoy así lo parezca.

La *Dei Verbum* favoreció un vuelco enorme en la vida de muchos cristianos. Existía ya antes del concilio un claro entusiasmo por el movimiento de renovación bíblica, pero ha sido la difusión y aplicación de los principios de la *Dei Verbum* el factor desencadenante del enorme despliegue bíblico caracterizado por la digna e inteligible traducción presente en la liturgia y que ha forzado a los pastores a ofrecer buenas presentaciones y exégesis y que ha impregnado de espiritualidad bíblica la piedad privada.

Aunque en algunos sectores, durante los primeros años, se dio una tendencia a interpretar la Biblia en una clave dialéctica social, es una tentación que se ha ido superando en gran parte con seriedad y coherencia dentro de esos mismos sectores.

Por otra parte, la implantación de la lengua vernácula tuvo como consecuencia la depreciación de la lengua latina y griega en los estudios seminarísticos, con la consecuencia de un cierto empobrecimiento cultural. No debemos olvidar la pérdida irreparable del gregoriano, no a causa del documento, ciertamente, pero contemporáneamente.

La *Sacrosanctum Concilium* fue aceptada y seguida masivamente a través de la reforma litúrgica de una gozosa y seria participación en los ritos y de una preparación comunitaria antes impensable. El influjo en la vida

religiosa ha resultado inmenso, aunque, a veces, el clero renovador no ha sabido siempre sustituir y compensar las necesidades de los fieles cuando suprimían prácticas y tradiciones. El pueblo cristiano ha experimentado con frecuencia como un vacío: se quitaban ritos, costumbres y actos que formaban parte de su vida y no eran sustituidas por otras que respondiesen a necesidades sentidas. Las décadas de los sesenta y setenta parecían convertirse en el tema litúrgico en una tierra de nadie que servía como campo de continua experimentación. No se supo o no se pudo proporcionar una formación sólida antes de replantear la vida litúrgica y devocional. A pesar de esto, creo que no se puede negar que, en conjunto, ha resultado excepcional la participación activa de los fieles en la liturgia, aunque sigue siendo verdad que la distancia real entre los fieles y el significado de los ritos litúrgicos, sigue siendo enorme.

En la práctica pastoral y vivencias, dos sacramentos han adquirido mayor valoración: la Eucaristía y la Confirmación. Por otra parte, las exigencias de autenticidad cristiana fueron interpretadas por no pocos como exigencia de un cristianismo puritano de minorías, que necesitaba romper con el catolicismo popular.

Tenemos que considerar como temas todavía pendientes en nuestros días: sacar todas las posibilidades de la Confirmación y conducir la «religiosidad popular» hacia un cristianismo más interior y consecuente.

La *Gaudium et Spes* se convirtió en España, dadas sus condiciones sociopolíticas y el modelo de iglesia que había predominado, en un documento crucial. No sólo el régimen político imperante, sino una buena parte de los católicos se sintieron desconcertados y agredidos. De hecho, en este documento quedaba en entredicho todo el sistema sociopolítico español. Se reconocía el derecho de los obreros a fundar sindicatos libres y a la huelga, se condenaba el absolutismo de un solo hombre o de un partido político, y se enumeraban otras muchas exigencias sobre la distribución de la riqueza y la defensa de los derechos humanos. Pocos documentos eclesiales han sido estudiados y comentados con tanto interés por los medios universitarios españoles.

Es lo que se llama la función tribunicia que no corresponde a la Iglesia pero que surge espontánea e inevitablemente. Al estar prohibidos los partidos políticos y los sindicatos y al contar la Iglesia con abundantes organizaciones, medios y posibilidades, ejercía, movida por el ideal evangélico, por el interés de otros grupos y por la fuerza de los hechos, funciones

que en otras situaciones políticas ejercen los partidos y grupos de presión. Esto sucedió de manera llamativa en España y más tarde en Polonia.

La declaración *Dignitatis Humanae Personae* significó, en un sentido práctico e inmediato el documento de mayor impacto en España, ya que representaba la vuelta de página de una historia y una situación plurisecular. No resultaba fácil aceptarla, pero hay que reconocer que la gran mayoría del clero y del pueblo la aceptaron con sumisión y prontitud, aunque, evidentemente, resultó más difícil comprenderla y valorarla en sus motivaciones y coordinadas doctrinales y teológicas. Por un lado, la libertad religiosa implicaba obviamente liberarse de hipotecas y cautividades que ponían en peligro su credibilidad, y, por otro, una vez independizada, implicaba también el derecho a ser reconocida civilmente y a actuar libremente desde sus propias convicciones.

El Concilio se enfrentó con los dos retos que han marcado la historia de los dos últimos siglos: la relación de la Escritura con la tradición y la relación de la Iglesia con el mundo. Los peligros más presentes en esta dialéctica eran el de una cierta protestantización y el de una indiscriminada conversión al mundo. No es verdad que se pueda empezar de cero ni que cada cristiano pueda hacer de su capa un sayo. No es legítimo crearse un cristianismo a la carta, acogiendo o rechazando cuanto parezca más razonable o más cómodo. Es cierto que la Buena Nueva debe ser anunciada a todos los pueblos de forma que sea entendida y asumida, pero el criterio de verdad no es las modas o los gustos de cada época.

Evidentemente, como era de prever, en más de una ocasión se han traspasado los límites permitidos y sensatos en ambos temas, pero creo que se puede decir que esta problemática ha estimulado nuestra teología y está ofreciendo las condiciones para una redefinición de nuestra identidad, buscada, concretada y desarrollada a partir de la tradición y de la difícil experiencia de estos últimos años. No se trata de volver a un pasado simplemente maquillado, sino de asumir la tradición eclesial y doctrinal desde un presente compartido y valorado.

LOS AÑOS POSTCONCILIARES: CRISIS Y RENOVACIÓN

A lo largo de estos años, España vivió una época apasionante de

cambio, de búsqueda de nuevos caminos de nuevas comprensiones. La aplicación del concilio fue mucho más consciente y comprometida de lo que fue su preparación y desarrollo, dando lugar a un progresivo conflicto con el Régimen político y con las mismas bases eclesiales.

La participación masiva de las organizaciones obreras católicas en las luchas sociales originó frecuentes enfrentamientos con las autoridades civiles y numerosas acusaciones de marxismo; se empezó a hablar de reconciliación, tema sorprendente si se considera el tiempo transcurrido desde el final de la guerra, pero que indicaba una necesidad real; la asimilación «catolicismo-patria» iniciaba su quiebra, tanto por la evolución de la mentalidad católica como por el pluralismo cada día más presente en la sociedad española, la revalorización y mayor presencia del elemento secolar dentro de la Iglesia rompía también la tradicional uniformidad, sobre todo al dar vida a pequeñas comunidades, que acabaron influyendo de manera importante en la base eclesial.

Apareció un pluralismo de diverso tipo: por una parte, el originado por las diferentes eclesiologías, cada día más manifiestas y, por otro, a causa de las diversas ideologías políticas, no sólo más activas, sino también más respaldadas por los documentos conciliares. En un catolicismo como el nuestro, tradicionalmente muy monolítico, donde no se habían manifestado las variantes del catolicismo liberal o de otro tipo, este pluralismo resultaba desconcertante y, a menudo, inaceptable.

En el interior de la Iglesia, la solidez y la solidaridad habitual parecían resquebrajarse peligrosamente. Aparece el planteamiento político como factor de división y junto a ello un abanico de opciones ideológicas, teológicas, eclesiológicas, pastorales, vitales..., no siempre coherentes ni sistematizadas, más emocionales que racionalizadas, que separan a clérigos y laicos en diversos grupos y tendencias. A propósito de nombramientos, experiencias pastorales, pronunciamientos o decisiones, cada grupo responde aprobando o condenando, según estén de acuerdo o no con sus propios planteamientos. Resulta más frecuente la descalificación que el acuerdo, la división que la comunión, y, a menudo se da la impresión de que resulta más importante el triunfo de un planteamiento determinado o de un grupo concreto que el fruto pastoral de la comunidad.

Los cambios económicos y demográficos, con sus profundas repercusiones espirituales y culturales, hicieron perder actualidad y eficacia a muchas instituciones eclesiásticas sobre las cuales se había apoyado durante

siglos la vida de la Iglesia. Mientras la parroquia rural se despoblaba, las urbanas crecían desproporcionadamente y no podían ofrecer las referencias y los servicios de una comunidad real a grupos humanos excesivamente extensos, poco cohesionados entre sí y agitados en un movimiento continuo, sea por razones laborales, urbanísticas o turísticas. Los colegios, los centros juveniles, movimientos apostólicos, organizaciones católicas, profesionales o de asistencia tampoco quedaban libres de los impactos de las nuevas situaciones económicas, culturales, ideológicas y políticas. Algunas de ellas, como los movimientos especializados de Acción Católica, que llegaron a ser una importante realidad renovadora y evangelizadora fueron víctimas de la politización y hasta de la manipulación, por grupos políticos ajenos a la Iglesia y sucumbieron finalmente ante las presiones de instituciones políticas y de algunos sectores de la misma jerarquía con las que, de hecho, eran incompatibles. Fue ésta una grave pérdida para la Iglesia española y, al mismo tiempo, no sin duros y dolorosos sacrificios, una importante colaboración a la renovación política de la sociedad española. En todos los partidos, sindicatos y grupos sociales de distinto signo encontramos entre sus dirigentes antiguos miembros destacados de asociaciones apostólicas.

En los últimos años sentimos, con frecuencia, la sensación de que la Iglesia no es tanto un espacio de comunión cuanto un reino de taifas: demasiadas divisiones, demasiados grupos encontrados, demasiada desconfianza. Justo en el momento en el que las congregaciones religiosas se integran en la pastoral diocesana, parecen surgir nuevos grupos o motivos de división. Creo que el pluralismo es bueno y enriquecedor, pero debemos ser capaces de aceptar que «en la casa de mi padre hay muchas estancias», siempre que estas estancias formen parte de una misma casa.

Durante algunos años el cambio y la actualización coincide con una sensación de desvalimiento y aparente descomposición: numerosas secularizaciones de sacerdotes y exclaustación de religiosas, con los efectos traumáticos de todos conocidos, disminución de la práctica religiosa, crisis profunda de asociaciones apostólicas, aparente puesta en cuestión de la identidad sacerdotal, religiosa o incluso seglar. En poco tiempo la crisis se instaló no sólo en lo que pueden considerarse formas históricas del catolicismo sino también en la esencia de instituciones, modos de presencia, ritos y espiritualidad. Pero esta crisis coincidió en el tiempo con una enorme carga de buena voluntad, creatividad y generosidad.

Años más tarde, paradójicamente, parecen coincidir un evidente

amainar de la crisis con una fuerte desesperanza y cansancio. Parece que faltan objetivos que ilusionen y den coherencia a un esfuerzo colectivo de la Iglesia, que faltan programas que inyecten esperanza y que proporcionen horizontes de futuro, más allá de anécdotas, chismorreos y pequeñeces. No faltan buenos deseos, ni dedicación, ni organigramas, ni programación, pero tengo la sospecha de que falta, no pocas veces, entusiasmo esperanzado y creatividad. Y me pregunto si no se debe también a la edad media del clero, demasiado elevada para mantener ímpetus y entusiasmos más propios de otras edades. Esto exige, entre otras medidas una organización menos individualista y más comunitaria de la pastoral diocesana.

Y, sin embargo, tal vez como nunca, la Iglesia católica española constituye un sorprendente espacio de solidaridad: el pujante multiforme voluntariado, los ajustados y omnipresentes proyectos de Cáritas, el Proyecto Hombre, Manos Unidas, y tantas otras experiencias y actividades que centran su preocupación y creatividad en los marginados, en la tercera edad, en los enfermos de SIDA y en tantos otros necesitados de cercanía y de ayuda.

No podemos olvidar tampoco el desarrollo de una teología bien fundamentada, original, con exponentes brillantes, tras siglos de esterilidad. Han aumentado las Facultades de Teología y los centros de estudios teológicos que ofrecen una preparación seria y rigurosa en el campo teológico. Creo que se puede afirmar que hoy poseemos una teología más original y creativa, capaz de responder más ajustadamente a los problemas reales de los creyentes; cuando Alemania y Francia parecen vivir momentos de estancamiento en este tiempo, en España existe un buen plantel de buenos teólogos.

El tema de la teología, de su estudio, constituye un apartado importante, delicado. Aquí también la confusión inicial fue mayúscula. Recordemos las crisis de las universidades de Salamanca y Comillas. Años más tarde, después de numerosos experimentos, los estudios de teología no acaban de encontrar un sistema de estudio satisfactorio. Me temo que hoy ofrezcamos una formación demasiado fragmentada, con falta de sistematización, tal como, con frecuencia, aparece en los exámenes de bachillerato de teología. Por otra parte, nos encontramos con que la Iglesia, sorprendentemente, es la única institución que no exige a sus miembros cualificados la licencia.

Sin embargo, tenemos que decir que el cambio ha resultado enorme-

mente positivo: basta comparar los manuales de la BAC de los jesuitas que supusieron un gran salto adelante con los manuales actuales.

LA IGLESIA EN UNA SOCIEDAD PLURALISTA

Pocas iglesias europeas, probablemente ninguna, han experimentado un cambio tan profundo, una evolución tan dolorosa y purificadora como la española, que en pocos años ha presentado una imagen nueva, llena de vida, plural, a veces, contradictoria.

Ha intentado una progresiva recuperación de la función religiosa y no política de la Iglesia, obligada a hacerlo dentro de un ordenamiento legal que favorecía todas las intromisiones y confusiones. Tenía que lograr esto dentro de incontables presiones porque cada grupo, movido por buena voluntad o en defensa de sus intereses políticos o económicos, trataba de dirigirla o utilizarla, intentaba señalarle lo que debía decir, o interpretaba sus enseñanzas desde un punto de vista interesado. Años más tarde, con y en la democracia, no ha resultado más fácil la presencia de la Iglesia en una sociedad plural y secularizada. Se era plenamente consciente de la necesidad de mantener nítida e independiente la función religiosa, pero no siempre ha resultado fácil encontrar la presencia adecuada, sobre todo cuando desde el poder político se ha sido más beligerante que neutral.

Al mismo tiempo, era evidente que la Iglesia tenía dentro de sí misma muy diferentes niveles de aceptación y animación del Concilio y de los métodos más aptos para aplicarlos en España, por lo que los obispos tenían que acelerar a unos y frenar a otros, tenían que efectuar un acercamiento entre los sacerdotes y los seglares y mantener al mismo tiempo la estima de éstos por el sacerdocio, debían ampliar el campo de libertad dentro de la Iglesia y mantener la excesiva unidad y disciplina.

Como consecuencia del nuevo clima de crítica y mayor espontaneidad, cayeron muchas falsas apariencias: de respeto universal, de eficacia evangelizadora y moral, de monolitismo interior, de aceptación universal. Grandes lagunas e indigencias eclesiales, que poco antes pasaban inadvertidas han comenzado a aparecer con dimensiones preocupantes. Además, los cambios religiosos y morales han dejado al descubierto la escasa formación religiosa de buena parte de los católicos españoles, la falta de compro-

miso en la vida de la propia Iglesia, la falta de preparación doctrinal ante los nuevos problemas.

Pero estos años dolorosos han demostrado también una vitalidad, unas energías y una dedicación sorprendentes. Estas actitudes y dificultades han sido la manifestación de una vitalidad interior, de una fuerza religiosa y social de nuestra Iglesia, de un vigor y de una generosidad extraordinarios. Las dificultades teóricas y prácticas, los conflictos estrictamente eclesiales o políticos han provocado la reacción de muchas conciencias, ha estimulado la reflexión de los teólogos, han originado el nacimiento de muchas iniciativas apostólicas comunitarias que favorecen el despertar de la responsabilidad de muchos cristianos.

Quisiera, como en un inciso, expresar mi inquietud por la situación intraeclesial de tantos sacerdotes «liberales-centristas», por llamarlos de alguna manera, y condenados de hecho a ser mal vistos y marginados por la derecha, por la izquierda y, a menudo, por la jerarquía, a pesar de constituir la mayoría. En este diálogo complejo y difícil con la modernidad, tomada en su sentido más amplio, este grupo ha constituido con frecuencia la es y el camino de un diálogo sereno y provechoso y, sin embargo, su ubicación eclesial resulta problemática y dolorosa. Derecha e izquierda permanecen organizados, con espíritu combativo, con unos adversarios, al menos ideológicos, netos. El centro es el conjunto de personas con un talante determinado, tal vez convergente, pero ciertamente, no organizados. La izquierda actúa por su cuenta, no cuenta con la jerarquía como no sea para atacarla, ni le importan demasiado sus determinaciones. La derecha se muestra fidelísima a la jerarquía cuando ésta es de su cuerda, y ofrece una seguridad aparente a una jerarquía a menudo angustiada por tantos problemas y que necesita psicológicamente de personas que aunque actúen según sus intereses, se muestran sumisos y cercanos en todo momento. ¿Y qué decir de tantos y tantos sacerdotes y laicos con un sentido eclesial muy fuerte, que queman sus vidas por el evangelio y por la Iglesia y que, a menudo, intuyen en el elemento jerárquico un recelo, una benévola lejanía que, desde la historia, podemos juzgar abiertamente injusta? No podríamos comprender la historia eclesiástica de estos dos siglos y, a veces, su relativa pobreza si no conociéramos este problema. Tantos puentes rotos, tantas esperanzas fallidas y sobre todo, el desperdicio de tanta riqueza humana e intelectual a causa de incomprensiones y recelos.

Algunos de los rasgos del contexto en que sitúa hoy la Iglesia en

España son los siguientes:

Un anticlericalismo presente, sobre todo en ámbitos intelectuales y culturales activos, que olvida con frecuencia el papel determinante desarrollado por grupos eclesiales durante los últimos años del régimen de Franco y durante la transición, que se caracteriza por rasgos decimonónicos y anacrónicos, pero que goza de unos medios de enorme influjo al contar con la televisión y con algunos de los periódicos y revistas más importantes. Esta actitud ha llevado a olvidar, marginar o rechazar las figuras culturales recientes, la tradición, la historia tanto en la cultura civil como en la religiosa, produciendo la sensación de que era necesario comenzar de nuevo, sin las ataduras del pasado, casi siempre juzgado negativa y peyorativamente. Junto a esto una tolerancia y permisividad totales, sin criterios objetivos de comportamiento y con un rechazo acusado de cuanto signifique autoridad institucional, normas o límites impuestos por una autoridad, un código positivo o una institución religiosa.

Los católicos se encuentran en todos los partidos políticos, se ha roto en gran parte la identificación entre catolicismo y partidos concretos. Sin embargo, parece que puede afirmarse que esta presencia no ejerce un influjo acorde con su número. Hay quien piensa que la situación indicada representa, en realidad, una dispersión en el anonimato.

Poco a poco van configurándose dos posturas no concordes, aunque surgidas a causa de la misma situación. Algunos quieren forzar la propia cohesión grupal e institucional a base de enfrentamiento a enemigos comunes. Otros, por su parte empiezan a preguntarse si no es hora de agruparse para llevar adelante proyectos y programas que estén motivados y resulten acordes con su fe y su inspiración religiosa. En este sentido, el documento episcopal *Cristianos en la Vida Pública*, que no ha conseguido el eco que merece, pretende presentar el problema y ofrece criterios aptos para una reconstrucción del tejido social católico.

Ha decaído el espíritu misionero en el clero y en los fieles, situación en la que no ha influido como se ha dicho el documento sobre la libertad religiosa sino una consideración bastante relativista de todas las religiones. Incluso se ha perdido garra y capacidad de reacción ante la misma increencia y ateísmo. Sin embargo, la presencia de misioneros y misioneras españoles en países de misión continúa siendo impresionante, y su seguimiento en momentos de tensión ha quedado patente con motivo de los sucesos de Ruanda.

Existe una especie de cansancio o desilusión colectiva producto de diversos factores: la constatación de que los esfuerzos y los cambios conciliares no han producido la mejora esperada, el descubrimiento de que los cambios de estructuras por importantes que sean no resuelven por sí solos los grandes problemas y, últimamente el temor de que tanto esfuerzo haya resultado inútil, ya que se teme una marcha atrás colectiva que desautorice las luchas, trabajos y logros del pasado. Esto coincide con el hecho de que en muchas diócesis e instituciones no se ofrecen objetivos que ilusionen y muevan, con que a menudo tropezamos con una perplejidad doctrinal y pastoral manifiesta, con una división y desconfianza mutua persistentes entre grupos que se enfrentan no sólo doctrinalmente, sino también pastoral y psicológicamente.

La sospecha difusa de que el Concilio Vaticano II debe ser reinterpretado desde unas claves que, en el fondo, son las que se intentaron cambiar en los años sesenta. En muchos sacerdotes y laicos que han dedicado sus mejores años y esfuerzos al cambio, promovido por el Concilio surge la sospecha de que han perdido el tiempo y de que se encuentran ante un túnel del tiempo extraño, en el que no han transformado, sino maquillado la realidad. No quiere decir esto que este colectivo no sea consciente de las dificultades, desviaciones y exageraciones existentes, pero siguen creyendo que su esfuerzo tenía una razón de ser y un objetivo que temen hoy sea sutilmente desautorizado.

Peligro de privatizar la fe. Esta privatización ha llevado a una separación entre hombres e Iglesia, siendo esta última la que conlleva aspectos institucionales, tales como jerarquía, autoridad, orden, dogmática, normativa, etc. Esta separación supone que el hombre de la calle puede analizar críticamente las relaciones con su Iglesia, ya que, de alguna manera, hablan de ella desde fuera. Pocas veces, si alguna, los católicos han manifestado menos sentido de cuerpo, se han sentido menos identificados con su Iglesia. Han comenzado abandonando muchas prácticas y normas, antes obligatorias, y han terminado por debilitar los lazos que les ligaban a la institución. No era bueno un espíritu de cuerpo cerrado y provinciano que desembocaba en intolerancia, pero resulta insostenible a la larga una ausencia de identificación con la comunidad eclesial. A esto habría que añadir la pretensión práctica de un cristianismo a la carta, que elige o margina cuanto parece más racional o adecuado, o más anticuado e impropio.

Según algunos sociólogos, el catolicismo español se encuentra en

situación anómica. Es decir, una buena parte de los católicos españoles no sienten la presión de las normas religiosas derivadas de su fe, carecen de ideas claras sobre qué quiere la Iglesia de ellos, no ven en esta misma Iglesia programas y metas bien definidas, perciben el universo de su fe católica como un caos triste, en el que se entrecruzan opiniones para todos los gustos, han dejado de encontrar sentido a palabras nucleares de su teología personal.

Se han reforzado la opción por los pobres, los movimientos apostólicos, los planteamientos pastorales. La formación y la vida apostólica de sacerdotes, religiosos y religiosas están marcadas por una sensibilidad y una dedicación antes impensable. La teología, la formación de los seminaristas, la ubicación de las casas de religiosos han experimentado un cambio positivo notable. Sin embargo, quiero expresar una preocupación creciente. Observo con perplejidad que en no pocos de nuestros seminarios, la sensibilidad por la defensa de la justicia y de los menos favorecidos está peligrosamente difuminada. Es verdad que ha caído el muro de Berlín y ha desaparecido el comunismo, pero no por eso existe menos marginación y pobreza. No está mal preocuparse por la liturgia, pero no por eso deja de ocupar su lugar central la parábola del Buen Samaritano.

El desarrollo del ministerio de la Palabra ha representado un reto no siempre conseguido por los sacerdotes y un alimento espiritual generalmente más concreto y directo que antes para los oyentes cristianos.

Los numerosos grupos de oración, formados a menudo por seglares, existentes en parroquias y otros centros. A esto hay que añadir el convencimiento de tantos seglares de que es necesario formarse teológicamente. En todas las diócesis existen centros de formación teológica para seglares que congregan a miembros de instituciones de apostolado, a profesores de religión y, en general, a laicos conscientes de la necesidad de una formación teológica profunda. Nunca antes se había dado una preocupación y un interés tan grande por conocer las bases, las fuentes de la doctrina y el desarrollo teológico. Hoy contamos con un número creciente de seglares licenciados e incluso doctores en teología. No resulta difícil de comprender la importancia que puede tener este hecho en un futuro próximo.

En las celebraciones litúrgicas se destaca la fraternidad cristiana como signo de la fraternidad entre los hombres, y se insiste machaconamente

en la necesidad de vivir la fe comunitariamente, pero la Parroquia no acaba de encontrar su exacto emplazamiento en la pastoral actual, y las residencias de religiosos, frecuentadas sobre todo por su dirección espiritual y sus confesionarios, han perdido buena parte de su atractivo, mientras que muchos cristianos se sienten más atraídos a vivir su religiosidad en grupos informales, más comprometidos con la realidad de cada día, más espontáneos y, ciertamente, menos sometidos a las normas de la jerarquía.

Se ha logrado algún cambio importante en la conciencia social de los creyentes, al menos en buena parte de aquellas comunidades cristianas más sensibles al Concilio. Como fruto del movimiento social han brotado iniciativas y obras positivas en la Iglesia de España. Por ejemplo, el movimiento cooperativista impulsado por Cáritas, las Comisiones Diocesanas de Lucha contra el Paro, la Educación por la Paz, el Proyecto 0,7 por 100 para el Tercer Mundo, y tantas otras iniciativas que han logrado sensibilizar a los españoles acerca de las necesidades y carencias de buena parte de la población.

Creo que es hora de reconocer la intensa acción educativa realizada por la Iglesia en las regiones y en los sectores sociales menos favorecidos. Sería revelador confeccionar la nómina de líderes políticos y sindicales, de enseñantes y de profesores universitarios, formados en instituciones eclesiales, tales como seminarios, noviciados o movimientos apostólicos. La Iglesia aparecería como uno de los más eficaces factores de movilidad social y de promoción personal en la España de la modernidad.

Se puede afirmar la coincidencia de Cáritas, Justicia y Paz, Semanas Sociales y Pastoral Penitenciaria en un empeño comprometido por asimilar y poner en práctica en sus respectivos sectores las enseñanzas del Vaticano II. Se buscó seriamente comprender y aplicar el Concilio, con un compromiso personal y colectivo con los problemas políticos, económicos y sociales de la variopinta realidad social española, participando tanto en la preparación de la reforma política y social española como en la transición hacia la democracia. Se estudiaron colectivamente los temas que más preocupaban entonces y más han influido en nuestros días: relación de la fe con la política, la objeción de conciencia a la luz del Vaticano II, la libertad religiosa, la defensa de los derechos humanos, la libertad de expresión, la libertad de enseñanza, la situación de los presos, el derecho a la vida, la interpelación existente entre paro-droga-delincuencia, las expresiones contra la pena de muerte. Probablemente, en muchos casos se dio un claro desfase entre los buenos propósitos, la praxis y la reflexión teológica, pero no cabe duda de

que en pocos momentos de la historia la conciencia religiosa de un colectivo se han lanzado con tanto ahínco a plantear y solucionar los problemas existentes en la sociedad.

Los documentos colectivos episcopales han bajado de la abstracción a lo concreto. Recordemos algunos: *Los principios cristianos relativos al sindicalismo* (1968); *La Iglesia y los pobres* (1970); sobre *La Iglesia y la comunidad política* (1973); *El problema del paro* (1981); *Testigos del Dios Vivo*, *Cristianos en la Vida Pública* y *La Verdad os hará libres*, y tantos otros, entre los que cabe recordar las frecuentes intervenciones sobre el terrorismo, la conciencia nacional, etc. Los documentos son buenos pero no son leídos.

Cáritas, en la primera década postconciliar promovió un planteamiento de los problemas de la pobreza y de la marginación en España en sintonía con los mensajes de *Lumen Gentium*, *Gaudium et Spes* y *Apostolicam Actuositatem*, creando en España una acción social de acuerdo con la línea conciliar y en consonancia con los tiempos. Durante los años 1970-75 se introdujeron en la reflexión de Cáritas elementos de la teología política de Metz, que no fue compartida por todos y que provocó tensiones y conflictos. En los años siguientes su comportamiento ha sido fundamentalmente comunitario asistencial. Hoy constituye una de las instituciones más aceptadas por los españoles. Por otra parte, en nuestros días, la Iglesia dedica buena parte de sus energías a los más marginados, a los menos rentables social y políticamente.

Se puede afirmar, sin duda, que el pueblo cristiano se encuentra más cerca que nunca de la jerarquía, y, sin embargo, el magisterio eclesiástico ha perdido credibilidad. La jerarquía y el magisterio eclesiástico han sido devaluados y marginados, no sólo por los adversarios y alejados sino también por los creyentes. Esto ha podido llevar, a veces, a la indisciplina y al mantenimiento de grupos que actuaban de forma paralela. Sin duda, esta situación, ha ido mejorando en los últimos años y hoy nos encontramos no sólo con un clima de mayor serenidad sino de comunidades diocesanas más articuladas en las que el obispo constituye un auténtico centro de comunión. Existe una sensibilidad muy marcada sobre el Papa debido en buena parte a la presentación sesgada de TV y de algunos periódicos. Esta sensibilidad se extiende a la obligación que tiene la Iglesia de servir, pero no se da una preocupación igual por santificar y gobernar.

La conciencia se ha privatizado de manera llamativa. Cada uno

forma su conciencia con los elementos que cada uno quiera recoger de los diversos documentos; la voz de la Iglesia va perdiendo fuerza a la hora de formar las conciencias. La catequesis resulta, a su vez, demasiado inconcreta cuando trata de formar a los cristianos. Resulta una catequesis vacilante en contraste con la catequesis afirmante de antes.

En general, se puede concluir que se da una mayor conciencia de la condición cristiana, más sentido de participación y responsabilidad dentro de la Iglesia, más respeto y libertad para el diálogo, más apertura a los problemas del mundo actual, más alimento con la Palabra de Dios y una liturgia más vivida.

Uno de los aspectos más novedosos, creativos, aunque a veces conflictivos, de la situación actual es el de los movimientos, comunidades de base o populares de distinto signo. En el movimiento comunitario se barajan las cifras de unas 5.000 pequeñas comunidades, asociaciones y movimientos. Entre sus rasgos comunes podríamos señalar:

a) La conciencia de que el campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, de la cultura, de las ciencias y de las artes, etc. y de que su tarea inmediata es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero también presentes y activas en el mundo.

b) La preocupación por la tarea evangelizadora.

c) El protagonismo de los laicos.

d) La preocupación por los más pobres.

Los jóvenes actuales no conocen el Concilio, les resulta lejano su lenguaje, no es cosa suya, y creo que no se ha hecho una lectura con ellos y desde ellos de la doctrina conciliar. En realidad esta observación comienza a ser realidad de los más adultos. Poco a poco vuelve a florecer en la comunidad eclesial un clima de religiosidad, oración y contemplación. La Iglesia en su conjunto ha pasado por una seria crisis de oración. No pocas formas tradicionales han desaparecido, pero un período de renovación, de búsqueda de nuevos métodos ha tomado el relevo. Son muchas las comunidades de diferente signo que están preocupándose por enseñar a sus miembros a orar, acompañándoles en el camino de oración. Una vez más

encontramos un mayor empeño de autenticidad. Creo que en general podemos afirmar que existe una madura autenticidad en la vida religiosa, aunque aparente y exteriormente resulte más apagada, menos deslumbrante.

En general se trata de una Iglesia distinta, más juvenil y esperanzada, más cercana y atenta a los problemas del momento. No es tan hierática, pero su rostro humano resulta más accesible y acogedor; no se presenta, ciertamente, tan uniforme pero da cabida a un pluralismo enriquecedor; no es todavía un espacio de comunión en el que confraternicen todas las sensibilidades presentes en su seno, pero, al menos, se es consciente del problema; ha abandonado su tono constante magisterial y se muestra dispuesta a escuchar y aprender. Respeta más a las otras confesiones religiosas y está dispuesta a participar en todos los asuntos en los que se trabaje en favor del bienestar y la justicia humana sin tener en cuenta los objetivos o la rentabilidad confesional. Sigue siendo verdaderamente la Iglesia de la mayoría de los españoles, pero procura, en medio de dificultades y, tal vez de contradicciones, poner su influjo y sus medios al servicio de las necesidades de todos los ciudadanos.

Terminaría incitando a rechazar las actitudes de desánimo, exigiendo una formación permanente seria y metódica de nuestro laicado, buscando y mimando la comunión en una Iglesia plural, reconociendo que la Iglesia es un espacio de misericordia, de oración y de fraternidad. No es un tiempo fácil pero resulta apasionante.